

por sus brazos, el genio antiguo compara su color á la rosa de Chipre, su aliento al aura balsámica de Tesalia, su pecho á las palpitations del Egeo, sus ojos á los luceros precursores de la noche, su cabello al rayo de la luna cuando rielá en el mar. Heródoto en su Euterpe, y en su Orestes Eurípides, y en sus elegías Propercio, y en sus Heroidas Ovidio, ponderan la belleza de tan perversa mujer en estos y en otros mil inenarrables términos. Antes de que Aquiles con su fuerza y Ulises con su astucia pugnaran por ella, pugnado habían ya los astros del cielo y descendido á defenderla Cástor y Pólux. Deífobo la quiso después de la ruina de Troya, como Paris antes. Ya lo hemos dicho, Aquiles volvió del otro mundo para gozarla, olvidado indudablemente de que había muerto por ella. No bastaron las armas de los combates y empleáronse ya en su pro, ya en su contra, las armas del raciocinio. Los rodios y los lacedemonios alzaron templos para honrar su memoria. El poeta Sthesichoro, que se atrevió á insultarla, quedó ciego, porque ceguera debía ser el ignorar su influjo sobre las revelaciones artísticas en la humana mente. Heródoto refiere que las vírgenes deformes se transfiguraban en su templo como se transfigura la humanidad en el arte. Así que llega el genio helénico á su madurez, Helena llega también á su zenit. El cantor ciclópeo de la civili-

zación helénica, el que ha podido ver en Maratón las consecuencias de Troya y el predominio de la civilización helénica sobre la civilización asiática, mucho mejor que ningún otro comprende la trascendencia contenida en el gran combate entre danaos y teucros, mucho mejor que ningún otro sabe cómo la Hélade no podía renunciar á Helena sin renunciar á sí misma, ni dejar á Helena cautiva en las manos de Paris y en el palacio de Príamo sin dejar cautiva del Asia y de sus tiranos el alma entera de Grecia.

En Sófocles llega por completo el arte antiguo á su plenitud, y llegando el arte antiguo á su plenitud, no podía prescindir en modo alguno de su Helena. Dos tragedias consagró Sófocles á la espartana reina y las dos se han perdido. La crítica no sabe ni siquiera sus argumentos, poseedora tan sólo de algunos escasísimos trozos. A cuantos estudian el mundo antiguo, duele mucho esta falta. Sófocles resulta, mirado desde la posteridad hoy, el gran teólogo de los tiempos helénicos. No debe, pues, maravillarnos que la crítica haya con tal empeño insistido en rastraer la sombra de argumento salvada en estas fracciones de una obra inmortal. De lo estudiado y recompuesto dedúcese que había el trágico á su pueblo presentado como asunto digno de todo su interés el inolvidable litigio sostenido

en África sobre las culpas y los errores de la simpár Helena con los medios propios de su respectiva ciencia y sabiduría por Ulises y Antenor. En Egipto derramaron griegos y troyanos su sabiduría, los unos para rescatarla y los otros para retenerla, como habían derramado en Troya su sangre. Ulises, igual á los dioses en prudencia, mostraba que, al recabar Helena de manos de Paris, no recababan una joven de un joven, no se metían en asuntos de amor y de placer; lo que realmente recababan era el tipo de la civilización helénica por Júpiter como dón celestial concedido á su patria y arrebatado por los asiáticos para quitarle á su patria vida y grandeza. Delante de tal consideración el genio helénico trabajará por purificar á Helena todo lo posible. Llegará esta purificación á su auge completo en la mente del gran Eurípides. Este último de los trágicos nos dice que la impura mujer, ni fué impura, ni cayó en brazos de Paris. Esta idea no es propia y original de Eurípides. Los argumentos del teatro clásico se hallan todos ellos en los poemas de Homero y en las historias de Heródoto. El libro Euterpe del gran historiador, párrafos 120 y 122, refiere cómo jamás Helena visitó á Troya. Cuando Paris arrebatara la esposa de Menelao, impelieron los dioses la raptora nave á Egipto, y desembarcaron su carga preciosísima en el palacio de Proteo, quien juró pro-

tegerla y respetarla con religiosa escrupulosidad, hasta restituirla, cuando así lo dispusiera el cielo, á su patria y á su esposo. Los griegos no quisieron creer en tal depósito y reclamaron á Helena del cuitado Paris y del teucro pueblo, los cuales no la poseían. Helena estaba entre las divinidades. Cástor y Pólux, que brillan en nuestras noches, eran sus hermanos; la diosa Iris, que tiñe con sus matices nuestras nubes, era su mensajera; Júpiter, que ha generado todos los dioses, su padre; Venus, que ha difundido el amor en los corazones, su égida; y Homero su poeta. Por consecuencia, para Eurípides, todo cuanto se ha dicho de su ligereza y de su infidelidad, fábula; ni Helena se ha dejado el palacio de Tindaro, su padre; ni Helena ha traicionado á Menelao, su esposo; ni Helena se ha rendido á Paris, su raptor; ni Helena ha entrado adúltera en Troya, su enemiga; Juno, protegiendo á la hija de Leda, entregó una ilusión sin realidad y una forma sin vida, cuyas caricias creyó verdaderas el joven voluptuoso en la demencia de su alma y en la fascinación de sus sentidos, cuando Helena llora á las orillas del Nilo, en su pureza perfecta y en su integridad absoluta, desgracias causadas por un engaño, generadoras de maldiciones sin cuento lanzadas sobre su persona y sobre su nombre por todos los siglos hasta la consumación de los tiempos.

La tragedia del último trágico griego contiene mayores y más reveladoras incidencias. El coro le dice á Helena cómo en apartada gruta habita una mujer, cuyos son los secretos de los mares, por lo cual bendícenla en cánticos suaves parecidos al rumor de prósperas brisas las hermosas nereidas. Se llama Thenoe y personifica las prósperas señales que alegran al navegante. Además domina el arte de la feliz adivinación, y sabe seguir al tiempo en sus vuelos hacia lo futuro, pues Thenoe anuncia la llegada inmediata de Menelao náufrago. El rey espartano podía creerlo todo menos la existencia de su esposa en los arenales del Nilo. Así, á cada instante se frota los ojos y pregunta si es ilusión ó no de su deseo aquella ideal mujer que le alarga los brazos y que lo estrecha contra su pecho. Entonces Helena le refiere cómo el dios Mercurio la condujo al apartado Egipto, burlando así los deseos de Paris. Quizá el principio utilitario, personificado en la divinidad del comercio, quiso abismar en la soledad inmensa del desierto al principio estético, personificado en la diosa del arte; pero el Egipto resulta en el mundo siempre una tierra de transformación y allí se transformó Helena, que reune ya por esta larga residencia en la escuela de los misterios el genio de Oriente con el genio de Grecia. Feroz egipcio quiere sacrificar á Menelao, como solían los

náufragos ser sacrificados en aquellas bárbaras edades; pero Helena, contando con la protección de Thenoe, salva de la muerte á su esposo y regresa pura y redimida á los mares de Grecia. El arte griego ha cumplido ya su destino y logrado por fin purificar á Helena. Ya no aparece como la joven ligera y voluptuosa que se huelga y recrea con los decires de sus amantes, ni como la infiel mujer que ha traicionado á su marido en adúltero tálamo, sino como pura y casta, desgraciada cual todos los bienhechores del mundo, sin culpa propia y maldecida por una injusticia que dura cien siglos. Roma no siguió el camino de Grecia. Creyéndose heredera de Troya, maldícela, maldicen á la causa de su guerra y de su desgracia, lo mismo Virgilio en la poesía épica y nacional que Séneca en la poesía trágica. Pero el genio de Roma no es realmente un genio literario, como no es realmente un genio filosófico. Sus letras y sus ciencias resultan ampliaciones, y nada más que ampliaciones, de las ciencias y de las letras griegas. El genio de Roma es un genio político, es un genio práctico, y su virtud estriba en haber hecho prácticas las teorías griegas y haberlas aplicado, merced á la universalidad maravillosa de sus principios, en los pueblos sometidos por la universal cultura latina. Lo que Grecia hiciera, hecho queda; lo que Grecia pensara, es á la postre ideal

común de todos los pueblos cultos. Como las pesadas, y salinas, y amargas aguas del mar se tornan dulces al evaporarse y extenderse por las alturas del cielo, se ha purificado el alma de la hermosa Helena en la alturas del tiempo.

Por eso ha podido el gran poeta moderno derivar nuestro arte contemporáneo del matrimonio entre la personificación del genio romántico llamado Fausto y la personificación del genio clásico llamado Helena. Después de haber el doctor cristiano recorrido las esferas del pensamiento, encuentra que, para producir algo perfecto, deben unirse, por medio de un amor sin límites, el fondo riquísimo de múltiples ideas allegado por la civilización cristiana con la expresión aquella que ha hecho las melodías en piedra del Partenón, esculpido los bajorelieves y los simulacros antiguos, forjado el hexámetro perfecto de Sófoles y escrito en la divina lengua de Platón. Merced á esta idea, los dioses muertos volverán á levantarse como las larvas redivivas al sople de la primavera; las esfinges, sacudiendo el sudario de arenas, descifrarán los jeroglíficos entallados en las columnas de sus templos; entrarán dentro del Verbo divino lo mismo el espíritu que la naturaleza, lo mismo las primeras revelaciones religiosas que las postreras ideas filosóficas; los grandiosos espíritus iluminarán todos los tiempos cual ilumi-

nan los grandes soles llamados estrellas todos los espacios; compondrán un himno el coro de las ideas con el coro de las cosas; el pensamiento abstracto se concretará y se materializará como el dibujo en la estatua, y los seres concretos se disiparán en ideas como se disipa en incienso la resina puesta en las cazoletas del templo, y la historia humana concluirá por ser el poema cíclico, el apocalipsis celeste, la sinfonía infinita de la libertad y de la redención universal. Cuando en aquel castillo de la Edad Media soñado por Goethe los puentes levadizos se tienden, las puertas férreas se abren, las torres del homenaje se arrodillan, las legiones de cristianos héroes con su cruz al pecho y su espada de Toledo en la mano coronan sus almenas sonando sus trompetas de oro mezcladas con el *Te Deum* despedido por las ojivas donde aletean los ángeles, todo para que la Helena griega pase como una Eva redimida por María á producir con un beso dado en los labios de Fausto, del genio romántico, la rima en los antiguos tiempos desconocida, realmente reconcilia Grecia y Troya, el genio antiguo y el genio moderno, compenetrándolo en todos los tiempos y extendiéndolo á todos los espacios dentro del seno de la humanidad y bajo las bendiciones del Criador.